

X

Generosidad

—Tengo que hablarte, Germana,—dijo una mañana mademoiselle Honorina, con un tono más serio que de costumbre.

—Estoy á vuestras órdenes, tía.

—¿Nos hallamos del todo solas?

—Completamente. Mamá ha ido á paseo con Angela.

—Bien. Ahora, Germana, háblame con franqueza; ¿sabes la petición que tu madre ha hecho á mi hermano, vuestro tutor?

—No se nada, tía mía.

—¡Ah! ¡ya lo sospechaba yo! escúchame, pues. No ignoras que mi hermano posee una buena fortuna, ganada en el comercio, y que siempre ha pensado dejarla á su muerte á tí y á tus hermanas. Yo que tengo más años que él, aunque tenga el dolor de sobrevivirle, nada necesito, pues mi renta propia excede á mis necesidades; era cosa arreglada y así lo había dicho varias veces mi herma-

no á tu difunto padre: ¿sabes lo que tu madre ha dicho?

—No, querida tía; pero hablad, ¡me dáis miedo!

—Ha ido á buscar á mi hermano, y después de muchas zalamerías le ha comprometido á asegurar á Angela desde el presente, más de la mitad de sus bienes, bajo el pretexto de que Valentina se ha hecho religiosa y de que tú no quieres casarte. ¡Vuestra madre, pobres niñas, quiere quitaros lo que es vuestro!

Germana estaba dotada de una generosa naturaleza: el dinero era para ella un accesorio de la vida, y no lo principal de la misma; pero en aquel momento y por la primera vez, una cuestión de fortuna la turbó profundamente.

Estas palabras: *tu madre ha querido despojarte*, resonaban en sus oídos y despertaban en su mente un mundo de tristes recuerdos: las preferencias que había tenido que sufrir en su infancia, y que le habían hecho verter las primeras lágrimas; Valentina, desterrada voluntariamente de la casa maternal y separada de su lado; los años de la adolescencia y de la primera juventud, que se habían pasado tristes y sombríos, al lado de una madre cuya alma estaba cerrada para ella; mil pequeños acontecimientos de la vida diaria, cada uno de los cuales había dejado en su corazón una huella dolorosa; su porvenir, por el que nadie se había tomado cuidado alguno; los proyectos avaros que

se formaban en perjuicio suyo, y hasta sin consultarla; todo la irritaba, y una impaciencia amarga que jamás había conocido se agitaba en el fondo de su corazón.

—¿Qué dices?—le preguntó su tía.—¿No te sublevas al fin con tantas injusticias?

—¡Ah, sí; ya son demasiadas!—dijo Germana llorando y con el corazón oprimido.—¡Si mi padre viviera!...

—Por cierto que no lo sufriría; pero tranquilízate; no será lo que tu madre desea: hablaré á mi hermano, que hará lo que yo quiera.

—¿Madama de Emmeryn y su hijo han solicitado este aumento á la dote de mi hermana?

—¡De ningún modo! Ambos ignoran absolutamente esta combinación. Tu madre obra así para aumentar el bienestar de su favorita para que Angela sea más independiente y más rica. Todo por ella, es su divisa.

Germana iba hablar, pero se detuvo; la bienhechora costumbre del respeto selló sus labios. Mademoiselle Honorina declamó en un largo monólogo contra las preferencias y las injusticias; y después, como se hacía tarde, abrazó á Germana y se marchó.

La joven pasó un día muy penoso; un sentimiento que no había experimentado jamás la helaba á la vista de su madre; no podía responder á las bromas de Angela, quien por casualidad tenía buen humor aquel día. Después de la comida se excusó de acompañar á su madre y á su hermana á una visita,

y cuando hubieron salido de casa se fue sola, y con la libertad que da la campiña hasta la iglesia, lugar de asilo en otro tiempo, y siempre lugar de refugio para las almas heridas.

La casa de Dios se hallaba desierta. El sol poniente entraba por la puerta, abierta de par en par, doraba el tabernáculo, y animaba con sus tibios rayos los semblantes de dos ángeles en adoración, prosternados á los lados del altar. Un débil perfume de incienso decía que las oraciones de la tarde acababan de terminar, y aún parecían oirse en el coro las últimas vibraciones del órgano.

Germana sintió penetrar en su corazón un poco de calma y de recogimiento. Se arrodilló, reflexionó y oró largo rato; ¡de aquella hora se acordó después toda su vida!

Al salir de la iglesia tomó el sendero abierto entre las tumbas cubiertas de musgo de los aldeanos; aquella senda conducía á la tumba de su padre; en los brazos de la cruz de mármol blanco se enlazaban numerosas coronas; dos sauces acariciaban con sus ramas la piedra sepulcral, sobre la que se abrían efímeras y bellas muchas flores colocadas en vasos, y que Germana renovaba todos los días.

La joven se arrodilló; apoyó su rubia cabeza en la cruz, y dijo en voz baja:

—Padre mío, mi único amigo, ¿qué me aconsejas? ¿Tú que has dado la vida por salvar la de un pobre niño, me aconsejas que dispute una suma de dinero á mi madre y á mi hermana? ¡Oh, no! yo oigo tu voz queri-

da que me dice: *¡más vale dar que recibir!*... Yo me resignaré por tí, padre mio, y por el Dios de misericordia, que me envía este pensamiento.

Calló Germana, y durante mucho tiempo permaneció con la frente apoyada en el mármol de la cruz, y absorta en sus reflexiones; una dulce paz reemplazaba en su alma la dolorosa agitación, que tanto la había hecho sufrir, á ella extraña siempre á la cólera y á la amargura.

Ya la luna se levantaba en el firmamento. Germana cogió de la tumba una rama de heliotropo, la besó y la prendió en su pecho, diciendo:

—Te guardaré siempre en memoria de este día, y tú me dirás que ame siempre, y que ame, á pesar de todo.

Besó el mármol de la tumba, y levantándose, tomó el camino del castillo.

Al entrar en la gran avenida de tilos, que llevaba á él, Germana halló á su tío Félix que se paseaba esperando á Susana y á su hija menor; la joven se apoyó en el brazo del anciano y le dijo:

—Mi querido tío, sé que mamá os ha dirigido una petición; permitidme que una al suyo mi ruego.

—¿Qué dices, Germana?—preguntó el anciano asombrado.

—Nuestra Angelita se casa; logra un casamiento brillante, que es seguro la obligará á una gran representación, y á grandes gastos en el mundo: tendrá necesidad de di-

nero... Tío mio, puesto que tenéis la bondad de considerarnos como á vuestras herederas, hacedle á mi hermana alguna ventaja. ¡Valentina y yo nos alegraremos con toda el alma!

Monsieur Félix aseguró sus anteojos, y fijando sus ojos aún penetrantes en el tranquilo y dulce rostro de Germana:

—¿Me dices eso seriamente?—le preguntó.

—Muy seriamente, querido tío.

—¿Acaso renuncias á casarte?

—No sé si me casaré; pero mis gustos son modestos.

—¿No estimas el dinero?

—Me parece, tío, que su mayor valor consiste en que puede hacer la dicha de los otros.

—¿Y deseas que asegure á tu hermana una suma superior á la tuya?

—Me daréis con hacerlo una verdadera alegría.

Germana decía la verdad: todas las alegrías de la generosidad y de un noble triunfo sobre sí misma dilataban su corazón en aquel momento, y le hubiera parecido ligero el mundo si le hubieran ordenado levantarlo.

—Y si hago lo que me dices,—preguntó de nuevo monsieur Felix,—¿no culparás un día á tu viejo tío?

—Le daré las gracias y le bendeciré todos los días.

—Háblame con franqueza, Germana; ¿por qué me haces esa petición?

—Para probar á mi madre y á mi hermana cuanto las amo, tío mío.

Monsieur Félix volvió la cabeza para ocultar las lágrimas que llenaban sus ojos.

—Bien está, hija mía,—le dijo,—ves las cosas de este mundo bajo su verdadero punto de vista, y aprecias el dinero en lo que vale; haré lo que desees.

Germana le besó la mano con una alegría tan viva y tan sincera, que la emoción se apoderó de nuevo del buen anciano.

—No esperes, sin embargo,—dijo,—que me aparte de la justicia; satisfaré los nobles deseos de tu corazón; pero sin acordar á tu madre todo lo que me pide. Valentina tendrá también su parte para sus buenas obras. Guarda, Germana, guarda ese amor que profesas á tu madre... Mas tarde necesitará de él. Y cuando yo no esté ya con vosotras, piensa alguna vez en mí... ¡tú me has causado esta tarde una emoción que me ha rejuvenecido diez años!

El anciano abrazó á Germana con efusión, en tanto que esta volvía á darle las gracias. En aquel instante vieron á Leopoldo que entraba en la avenida. Germana le saludó, le dejó pasar, y luego se dirigió también al castillo y fue á encerrarse en su cuarto, porque sentía sed de soledad después del pequeño drama que había tenido lugar en el fondo su corazón.

Al día siguiente, cuando mademoiselle Honorina estrechó la mano de Germana, le dijo:

—Lo sé todo... ¡Qué locura has hecho! ¡Y mi señor hermano que piensa que el mejor modo de recompensarte es complacerte!

—¡Oh, tía mía! ¡qué razón tiene! ¡Soy tan dichosa desde ayer!

—Entonces tanto mejor; sois felices y estáis contentos, encantados; á mí no me sucede lo mismo... el tiempo dirá si es mía la razón.

La joven procuró tranquilizar á la solterona, pero mademoiselle Honorina repitió:

—Es una generosidad loca, que nadie ha de agradecerte.

Germana tenía un gran contento interior y no necesitaba de las alabanzas de los otros; le bastaba con que su madre supiese un día su sacrificio y tuviese para ella una bendición más; en cuanto á Angela, su hermana no esperaba nada de ella, ni sentía ningún deseo que su hermana fuese instruida de una abnegación, que acaso no sabía comprender. Guardó, por tanto, silencio, y esperó tranquilamente el día del contrato.

Llegó por fin aquel día; las dos familias y sus amigos se reunieron en el elegante salón de La Richardiere; el Notario leía el contrato, que los dos concontrayentes escuchaban distraídos, Angela porque no comprendía y Leopoldo porque sólo pensaba en mirar á su prometida. Mas al llegar á las ventajas hechas por monsieur Félix á su sobrina menor, todos prestaron atención. Madama Darboys se ruborizó y la alegría brilló en sus ojos. Madama de Emmeryn se ruborizó

también, frunció las cejas, y su semblante tomó una expresión de descontento muy pronunciada.

Germana, sola, quedó tranquila y alegre; cuando la lectura terminó, cuando todos hubieron firmado, madama de Emmeryn se apoyó en el brazo de mademoiselle Honorina y la llevó al hueco de una ventana.

Durante mucho rato hablaron en voz baja é intimamente, y al fin se oyó decir á la madre de Leopoldo con una expresión indescriptible de pena y ternura:

—Ha sido Germana, hubiera debido adinarlo, ¡ah! porque mi hijo...

Detúvose aquí, pero mademoiselle Honorina habia comprendido su pensamiento.

XI

Una nueva casa

Al día siguiente del matrimonio, y en tanto que los nuevos esposos y madama Darboys habian ido á visitar á su tío y tutor monsieur Félix, al que todos amaban tierna-

mente, Germana se sentó delante de su pequeño buró, y escribió á Valentina la carta siguiente:

Querida y buena hermana:

El gran acontecimiento ha tenido lugar. Angela es ya madame de Emmeryn.

Ya sé que tú has rogado al cielo con nosotros, para que esta querida niña sea feliz, y para que haga dichoso al que la ha elegido por compañera, y que la ama tiernamente. Leopoldo será para nuestra hermana un apoyo, un amigo indulgente y fiel, todo, en fin, lo que debe ser el hombre á quien se confía su vida, y con el cual debe marcharse por sus ásperos senderos.

Toda medalla tiene su anverso; á mamá le parece que Angela es demasiado joven para llevar por sí sola el gobierno de la casa; además, hubiera sufrido mucho quedándose en la Richardiere y dejando á la hija de la que no se ha separado jamás. Por consiguiente, se ha decidido que vayamos todos á establecernos á Tours, y que mamá y yo vivamos en compañía de los jóvenes esposos. La mudanza se hará antes del invierno.

Voy, pues, á dejar este asilo querido. ¡Ah, mi buena Valentina! al pensar esto, mi corazón se oprime, y me parece que lo pierdo todo al dejar estos lugares, donde hemos vivido juntas, donde ha vivido con nosotras nuestro padre, donde los árboles y las piedras y los viejos muebles tienen para mí un lenguaje familiar y me dicen: ¿Te acuerdas?

Tú, Valentina, tan separada ya de las cosas